Revista de los Archivos Nacionales

Director: Gral. Jorge Volio

La Historia tiene su majestad augusta: la lisonja la envilece, la mentira la afrenta, sólo la verdad le da vida.- **FEDERICO GONZALEZ SUAREZ,** Arzobispo de Quito

Publicación bimestral	Distribución gratuita

Año VII	Setiembre y Octubre de 1943 San José, Costa Rica, Centroamérica	Nos. 9 y 10

Froylán Turcios

Poeta, Escritor y Hombre de Estado

Satisfacemos en algo un anhelo largo tiempo acariciado: honrar a Froylán Turcios, el huésped ilustre que hace años reside entre nosotros, apartado de agitaciones mundanas y políticas, en el recogimiento de sus libros y papeles, entregado a su labor literaria que es el más noble y grande placer de su vida. Aquí, en San José de Costa Rica, edita su célebre Revista *Ariel,* amistoso convivio de los más notables y finos espíritus en la mesa de Turcios, y aquí para honor de la República quisiéramos nosotros que el Gobierno de Costa Rica editara las *Memorias* de Turcios y sus obras históricas bajo la mirada cuidadosa del autor: que los Gobiernos deben de ser los Mecenas generosos de estos grandes hombres para gloria de ellos y beneficio de la humanidad.

Cedemos ahora la pluma a nuestro amigo Vincenzi para que él nos haga la presentación de Froylán Turcios.

Un hombre, un conversador, un prosador y un poeta

Como hombre, una honda emoción envuelta en todas las encrucijadas de la sensibilidad. Un catador mayúsculo de formas, que él esculpe, en sí mismo, en mármol de Paros. Vive todo él, tan caballeroso y tan fino, al borde del peligro: el valor personal es el clima obsesivo de su existencia. La daría toda al cobrar un insulto, un simple gesto, una palabra equívoca; tributaríala en defensa de una dama como de una simple mujer del suburbio; de un niño o de un anciano; de un amigo o de un criado. Ama el derecho por sobre todas las cosas. Este hombre, capaz del gesto heroico más sencillo o más audaz; este soñador de grandes acciones y de pequeñas y elegantes bondades, las transforma en sólidos hechos en favor de su patria y de los pueblos que reclaman la admiración de su estro. Es todo él, todo una sola pasión, un solo ímpetu, un solo torrente de fuerza; bravo como el mar; sereno como él; o turbulento como él, cuando el destino desgaja sobre sus aguas el precipitado acero del rayo. Froylán Turcios es, lo que se llama en marcial romance, sin más aditamentos, un hombre, todo un hombre.

Un conversador extraordinario que ha viajado por casi todo el mundo. Esto es, un conversador lleno de recursos, de pálidas saudades cubiertas de luna; de vivaces e incontables anécdotas en que se mueven generales y príncipes, sutiles madonas y brujas de leyenda; en que aparecen siluetas de la bíblica Jerusalén, marcada por las sandalias de sus pasos; y los escorzos gigantescos de Roma, la eterna; o las músicas de la inmortal Lutecia de todos los poetas; o el Toledo de nuestros sueños, tanto como las playas de Río o las montañas del Istmo centroamericano. Su relato abarca desde el sutil enredo psicólogo hasta la bárbara relación de mil historias trágicas; desde lo visto o lo vivido por él mismo en el solar nativo hasta la principesca intriga de los antiguos palacios de todas las épocas del mundo, porque ha realizado recorridos inmensos en el espacio y en el tiempo. Su memoria es una urna encantada; un depósito de oro viejo cubierto

de nardos. Su palabra un arrullo, una música de azul violoncelo, un fru-fru de sedas y de encajes o una explosión de pólvora. Todos los tonos, todas las voces pasan por su garganta, como un poderoso brote de agua bajo los colores de un crepúsculo mágico. Froylán Turcios es uno de los más notables conversadores que he escuchado en mi vida.

El prosador es, también un músico; un enamorado de las sílabas; un exquisito catador de vinos verbales. Por eso ama el verso helénico y la prosa francesa: por su transparencia; por su diafanidad de agua clara. Por eso ama al regio D' Annunzio; por ágil, por musical y por clásico. Y al Valle-Inclán de *Las Sonatas* y al inmarchitable Darío de la frase de oro. Y al Lugones de los cuentos leonados y bárbaros. Y por ello esculpe, como un orfebre, línea por línea de sus cuentos o de sus multiformes cuartillas, tal si fuese el tallador de un cuadro mural en láminas de plata o madejas tenues de plumas de raro ornamento, sus exquisitos motivos y sus peregrinos paisajes llenos de emoción y de encanto. Porque la forma es, para Froylán Turcios, en sí misma, una finalidad esplendorosa.

¡Y el poeta! Sigue siendo, en él, un músico. Un músico de asuntos silvestres o suntuosos; de amor, de combate y de gloria. Un músico parnasiano y romántico, por el ajuste de las imágenes o el conmovido temblor de sus rimas y emociones. Un músico, siempre un músico; muy principios del siglo XX, muy parisino o muy helénico. Un artista de la estrofa temblorosa y, sin embargo, tallada como una de esas viejas cántaras de Atenas la antigua. Sueña, en sus versos, con una victoria en los campos de batalla, con una sonrisa, con una lágrima, con un suspiro o con un beso.

Tal es el hombre, el conversador, el prosador y el poeta, que vemos todas las tardes en su jardín encantado, inmóvil y sereno o con su paso vibrante sobre la alfombra que semeja, para nosotros, el plinto de una gloria bien ganada en todas las batallas del arte. O riendo, como un niño, sobre la linda estatuilla recostada, con pagano abandono, en el fondo del cenicero virgen que orna su mesa. O soñando siempre en la profundidad de los motivos eternos de la existencia.

Tomado de *Vida, Arte y Filosofía,* por Moisés Vincenzi. Páginas 7-9.

Sonetino

Nos adoramos con amor profundo,
con un amor tan íntimo y tan fuerte
que no podrá destruirlo ni la muerte,
y esta pasión no la conoce el mundo.
Correr los años sin cesar veremos
con la ilusión de nuestro amor florido,
y su secreto insospechado y hondo
cual un perfume vagará en el fondo
de la profunda eternidad, perdido...

FROYLAN TURCIOS